

Impass en los centros de investigación en Defensa

J. A. MARTÍN — PEREDA

En un reciente viaje a Estados Unidos tuve ocasión de charlar con algunos antiguos amigos que trabajaban en laboratorios año dedicados a tareas de I+D para el Departamento de Defensa. Su situación actual era de desconcierto, de *impasse*.

Durante muchas décadas, tantas por lo menos como las que había durado la guerra fría, se habían acostumbrado a recibir dinero a manos llenas. En la mayor parte de las ocasiones sus resultados quedaban etiquetados dentro del epígrafe "Clasificado", pero como científicos o tecnólogos no les importaba. Sabían que si lo que habían obtenido era algo de importancia para la física, la biología o la química, tarde o temprano su nombre saldría a la luz y verían recompensado. Su ego podía sentirse satisfecho. Asimismo, estaban seguros de que casi todos los temas en los que trabajaban podían considerarse como de "muy alta tecnología" o de "ciencia cuasipunta". Y eso no era fácil de conseguir en otros lugares.

Todo esto había cambiado por completo desde que la URSS había dejado de existir y la guerra fría se había convertido en un conjunto de microguerras calientes. Ya no eran necesarios desarrollos armamentísticos sofisticados, y la Guerra de las Galaxias había pasado al recuerdo.

El Departamento de Defensa, en consecuencia, había cerrado el grifo y no había indicios de que en un futuro volviera a poner las cosas como estaban antes. No les quedaba más remedio, a todos esos laboratorios, que buscarse los recursos donde pudieran y trabajar en "lo que les fuera saliendo". Y eso era demasiado duro para alguien acostumbrado a pedir y recibir todo lo que deseaba.

Casi todos con los que hablé mostraban una situación interna de confusión, como de no saber qué hacer. Una idea rondaba por todas las cabezas. Parece que había sido muy analizada en los últimos meses, y era, en parte, la que servía para justificar la reducción en el presupuesto de Defensa. La situación actual de crisis económica en todos los países de la antigua URSS era debida, decían, al derroche que ésta había realizado en gastos de ese tipo, y a los que se había dado preferencia sobre todos los demás. Quizá en otra parte pudiera ser cierto. Hace un par de años escribí en otro lugar que la aquí denominada Guerra de las Galaxias había sido esencialmente una guerra económica y que había finalizado con la derrota total de uno de los dos contendientes. Estados Unidos había ganado y la URSS había perdido. Por una u otra razón, la situación actual era clara: Defensa ya no poseía el cuerno de la abundancia que había tenido hasta ahora.

El concepto que más se barajaba era el de realizar tecnología de doble uso, que pudiera valer al mismo tiempo para la sociedad civil y la militar. Pero al intentar hacerlo habían surgido los primeros problemas, y éstos eran económicos. Si en la etapa anterior era necesario un componente o un sistema que cumpliera una cierta función o tuviera unas ciertas características, se conseguía como fuera. No importaba el precio que hubiera que pagar por él. Ahora había que medir mucho antes de lanzarse a hacer cualquier cosa. El coste era tan importante como el resultado concreto. La sofisticación tenía que dejar paso a la efectividad. Y eso, para los que no están acostumbrados a pensar así, resulta muy difícil de conseguir. Había, además, otro problema, que a

la larga puede llegar a no serlo, pero que a corto plazo parece una montaña infranqueable: buscar un uso civil a algunos de los productos guardados en los archivos de fábricas o laboratorios y que estaban destinados previamente a Defensa. Se ha hablado, por ejemplo, de que, como resultado de la carrera del espacio, se desarrollaron materiales que ahora son esenciales en odontología. Pero la pregunta que en paralelo surge es la de qué se habría obtenido si desde el principio se hubiera tratado de llegar a esos materiales y nos hubiéramos olvidado del tema del espacio. Seguramente se hubieran conseguido algunos muy parecidos y a un coste mucho más reducido.

De igual manera es de suponer que en los últimos años se hayan desarrollado materiales totalmente resistentes al desgaste. Podrían valer, entre otras cosas, para la fabricación de cuchillas de afeitar. Pero ¿admitiría nuestra sociedad de consumo esos materiales?, ¿se pondrían a la venta maquinillas de afeitar que durasen decenas de años? Con sinceridad, lo dudo.

Como reflujo de todo lo anterior, se notaba flotar una pregunta que nadie se atrevía a plantear, pero que, intuyo, estaba en la mente de todos: ¿qué tipo de investigación se debería de hacer en los próximos años?; e incluso, ¿se debería hacer algún tipo de investigación? Surgen voces que dicen que en estos momentos lo más conveniente es aprovechar lo que se tiene y desarrollar con todo ello productos que puedan ser susceptibles de conseguir mercados sustanciosos, y al tiempo, que se fomenta la I+D básica.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.